

## AL MARGEN DE LAS CLASES: Sófocles y la Primavera.

Por ANTONIO TOVAR

**N**ECESITO una polinodia. No fueron, no, los griegos como los demás. A medida que uno va recorriendo el mundo, ve cada vez mejor esa unicidad de lo helénico. Cuando nos paramos a mirarlos, se nos aparecen como unos "indígenas" verdaderamente extraños estos griegos. Ellos supieron elevar a arte y a conciencia lo que existe disperso por folklores y etnologías. Las máscaras ascienden a tragedia y comedia, como los cuentos y leyendas genealógicas a épica y las intuiciones cosmológicas a filosofía.

Hay que avergonzarse de haber escrito o pensado que estaba bien que el sentido histórico moderno hubiese igualado a los griegos con los demás. El mito se da en todas partes, menos en nuestra "civilización". El mito puede estorbar, ahogando a los humanos, para asentar bien los pies en el mundo y para dominar. Si falta, la esterilidad y el aburrimiento anulan a los humanos y los cohiben a encerrarse en la vida ciudadana. Sólo los griegos, y en un momento único, supieron vivir del mito, sin, por otra parte, dejarse sumergir por él. Lo sacaron de sí mismos y lo proyectaron fuera, con plena conciencia. Eso fué la tragedia ática como forma suprema. A ella se podría aplicar el dístico de Teognis (729 s.):

*A los pensamientos de los hombres tocáronles alas de colores  
para gemir por el alma y la vida.*

Los pensamientos de los pobres humanos siempre tienen motivos para gemir sobre la vida; de esa profunda y primitiva sabiduría humana, la etnografía puede darnos información amplísima; resuena en los libros "sapienciales", escritos o no, de todas las culturas, pero las "alas de colores" de que habla el poeta megarés sólo las alcanzó en Grecia.

Los mitos se vistieron de estas galas de colores y volaron con ellas durante un siglo. Por más que el arte progresó, se espiritualizó y hasta llegó a evaporarse, durante ese siglo v se estaba todavía cerca del fondo verdadero y tremendo. Lo primitivo sigue debajo del arte de Eurípides, igualmente cerca, a pesar de que el poeta volaba con procedimientos artísticos tan depurados y complejos, que de las más oscuras danzas con máscara bailadas por guerreros antropófagos. Los sacrificios humanos todavía no están lejos. La barbarie de Asia y Europa emerge en el culto dionisiaco, corriente que movió el gran molino artístico del teatro griego.

Esa sabiduría, que emerge con negro pesimismo en Homero, en los líricos, en Herodoto, en los más grandes presocráticos, es la que se expresa sublimemente en la tragedia. Nietzsche en su juventud escribió un libro sobre el pesimismo de la "edad trágica" de la filosofía griega; con ese nombre se refería a los presocráticos.

Ese pesimismo supremo se expresa muchas veces en los términos de "lo mejor es no haber nacido". El hombre que conoce la lucha que es vivir y siente cansancio ancestral no necesita aprender en ningún sitio esa sabiduría, y si preguntáramos a un salvaje qué piensa, nos contestaría lo mismo que el sileno de Midas.

Es el *homo faber* el que con su ingenio hace fácil la vida y despierta una fe loca en los milagros de la razón. La tragedia con todo su ritualismo, su apelación mediante el ritmo, la música y el convencionalismo de la escena, a las profundidades de la vida emocional, arraiga en zonas donde la ambición del *homo faber* queda cohibida y encerrada en un mundo de religiosa sabiduría. Sólo así pudo pervivir esta sabiduría del siglo v, en medio de un imperio político demasiado preocupado de las cosas de este mundo.

Claro que si la tragedia se hubiera limitado a repetir, monótonamente y como en fantasmagoría, siempre la misma fórmula de la sabiduría última — "lo mejor es no haber nacido" —, se hubiera quedado a la altura de un ritual salvaje y augusto no comprendido. Por eso, para una explicación de la tragedia busquemos su momento más alto, la perfección con que se muestra en manos de Sófoeles.

El *Edipo Rey*, por ejemplo, es la más perfecta tragedia, y lo es con una serie de contradicciones e inverosimilitudes que tantos críticos se han complacido en señalar. Justamente en salvar esas inverosimilitudes que se hallaban en el mito es donde brilla el arte del gran

poeta. Arte en la conducción de la trama y en la traza general de la pieza. Arte en la pintura de los caracteres, que son de una maravillosa concentración.

“Esfuerzo — y grande, continuado — se requiere para la condensación”, ha escrito un viejo maestro de nuestra literatura, Azorín, en sus Memorias. Esa condensación es de la que hace gala el teatro de Sófocles, la que encierra al poeta fuertemente dentro de cada uno de sus dramas, hasta el punto de olvidarse él mismo de los demás dramas. Puesto que podría hacerse una antítesis del Edipo que aparece en la tragedia de su desgracia y en la de su apoteosis y heroización — el *Edipo en Colono* contrastando su voluntad demoníaca de *homo faber* con su resignación en la segunda pieza, su impotencia frente a los golpes de los dioses con su poder divino para salvar y maldecir, la arbitrariedad de los dioses frente a él con su arbitrariedad frente a Polinices, su entrega a una labor policíaca de investigación con la misión de sacerdote purificador, y en una palabra, la atormentada humanidad del *Edipo Rey* con la tremenda fuerza divina del *Coloneo* — es evidente que el poeta que sabe en cada pieza cortar los vínculos con las otras y centrarla sobre sí misma, condensando, sin consideraciones a la “historia” del carácter si éste podía existir separado de la tragedia en que le correspondía actuar, sabe dar a la necesidad humana de explicarse su destino, si no la respuesta cumplida, sí la más alta de las formas artísticas.

Quien no sepa ver esto, se creerá que la tragedia puede entenderse como cosa de colegio, o sino, se perderá en comparaciones etnográficas, que si explican demasiado nada explican. Aspiramos a ver las cosas como si fuéramos los primeros en descubrirlas, y sólo esto nos libraría de aburrirnos de repetir. Sintamos, pues, admiración y asombro ante Sófocles con la mayor ingenuidad posible, con la mayor primaveralidad posible en nuestra primavera austral. Nuestro noviembre también vale como Elafebolión.

Noviembre de 1948.

*Antonio Tovar*